

ANTONIO

Los chicos de la familia que habían llegado a conocerlo lo identificaban como una estrellita en el cielo. El aire limpio del pueblo facilitaba encontrarlo en el firmamento. A los que no lo conocieron les daba igual las constelaciones. Su cara sólo les era familiar desde el portarretrato que decoraba el aparador provenzal del comedor. El gesto duro de un hombre enmarcado en alpaca que no se cansaba de vigilar a su descendencia.

Algunos lo solían identificar con el olor a naftalina y a colonia *Fulton* que aún se desprendía de su ropero intacto. Otros, adolescentes, decían que el abuelo se había *ido de gira*, como un rockero.

En cuanto a los adultos, los más místicos de la familia, solían invocarlo ante alguna causa urgente. Antonio solía acudir en socorro cuando su sangre lo requería. Los más terrenales se acordaban de él cuando esperaban tener entre sus manos una constancia de defunción para subdividir la casa o venderla.

Lo único cierto es que Antonio se fue un atardecer. Enfundado en un traje azul marino, camisa blanca impecable con delgadas rayas celestes y una corbata de seda bien ancha con motas borravino. Se fue, provocando a la calle de ripio con mocasines lustrados, golpeando pequeñas piedras con la punta de sus zapatos sin llegar a ensuciarlos. En su mano izquierda se mecía un portafolio de cuero con divisiones y bolsillos. Con la mirada clavada en el horizonte respondió al saludo de sus vecinos, más amablemente que de costumbre. Su figura se hizo pequeña hasta desaparecer dentro del sol, en la subida de la calle.

Una mañana, tiempo después... Antonio, volvió.

No tuvo que sortear ningún juguete ni bicicleta desde el portón de calle hacia la puerta. Los nietos no eran tan chicos ya. Pensaba en eso cuando se trastabilló y su taco derecho se incrustó en la tierra húmeda, recién regada.

Olía a tierra. A comida en elaboración, a su propio perfume.

Al fondo, con varios años más y con el mismo peinado, sentada en la mesa de cemento con mosaicos incrustados, su esposa hojeaba una revista de domingo.

Al levantar la vista, gritó: —¡Ni se te ocurra! ¡Ni se te ocurra!

El grito fue lo bastante fuerte para alertar a toda la parentela que estaba dentro de la casa.

Ninguno de aquellos que lo recordaban en persona, ni quienes lo conocían por la foto del comedor, lo supo reconocer cuando se asomaron para asistir a la abuela.

Y no era tan sólo porque Antonio ya no portaba sus bigotes frondosos bajo la nariz aguileña. Ni tampoco por el paso del tiempo, aunque este factor tampoco ayudaba.

A la vista de sus hijos y sus nietos, y del mismo Antonio, la matriarca de la casa se desfiguró en una crisis de nervios. Apenas pudo balbucear:

— ¡Te dije que nunca más volvieras a esta casa!

Una rueda de descendientes contuvo a la abuela. Mientras miraban con desconfianza a la desconocida. Antonio atinó a soltar la cartera, sin divisiones ni bolsillos, para afrontar las lágrimas de rímel, y encerrar con sus manos su nariz aguileña.